

RECUERDOS HISTÓRICOS DE ALABA.



FERNANDO VII EN VITORIA DE PASO PARA BAYONA.

Por extremo animada y bulliciosa se mostraba la ciudad de Vitoria la tarde del 13 de Abril de 1808.

El pueblo entero, sin distincion de sexos, clases ni categorías, salia por todos los portales de las calles con motivo de una noticia que traia los ánimos sumamente agitados.

El caso no era para ménos.

El rey muy amado D. Fernando VII, que habia sucedido á su padre Cárlos IV despues de los terribles sucesos de Aranjuez, era de llegar aquella misma noche, para lo que ya se habia preparado el correspondiente alojamiento.

Porque es de notar que, aun cuando no pocos historiadores consignan que el rey llegó á Vitoria el 14 de Abril, no es exacta la fecha, sino la del día anterior.

Ya para entónces se habia dispuesto una cena regia, como los huéspedes, para S. M., diez y seis personas de distincion que le acompañaban y otros tantos criados.

A pesar de haber llegado tarde la órden, corrió la noticia con la celeridad del rayo por toda la poblacion, y esta se precipitó á esperar al augusto viajero al Portal de Castilla, en donde treinta y dos años más tarde se levantaron las célebres casas, conocidas durante mucho tiempo con el nombre de «Casas de Echavarria», y hoy con el de «calle del Prado.»

Venia la régia comitiva en diferentes coches y con una prisa que

guardaba relacion con los acontecimientos políticos que entónces tenían lugar.

Entraba primero el rey, á quien se dirigieron desde luego todas las miradas, no solo por la curiosidad de conocer al nuevo soberano, sino por ver al ídolo del pueblo español, que por tal era tenido entónces, aunque no fuera más que en compensacion al ódio que tenia al príncipe de la Paz, al célebre Godoy.

Seguian despues personajes que ocupaban y ocuparon luego un lugar distinguido en los grandes acontecimientos que se desenvolvieron en los primeros dias de este siglo, los duques de San Cárlos y del Infantado; el célebre canónigo Escoiquiz, ayo del monarca; el capitán de guardias conde de Villariego; los marqueses de Ayerbe, Guadalcázar y Feria; los diplomáticos Labrado y Muzquiz, y el famoso general Savary.

No faltaron nuestras autoridades á cumplimentar al monarca. Allí se encontraba el diputado general D. Pedro Ramon Echavarría con los que componian la Junta particular Sres. Albiz, Gomez, Urra, Balderrama y Govez. Allí tambien acudió el alcalde de Vitoria D. Ramon Ortiz de Urbina. La vispera habian llegado tambien el obispo de Calahorra y los diputados de Guipúzcoa y Bizcaya.

En medio del pueblo, entusiasmado con la venida de Fernando VII, pasó este no del todo satisfecho con aquellas demostraciones, que si bien podian halagar su amor propio, podian, por otro lado, no ser del agrado del emperador Napoleon. Y sabido es el empeño con que se disputaban la proteccion del coloso del siglo, Cárlos IV y su hijo Fernando.

Se conocia que el rey estaba sumamente inquieto. Al presentarse el alcalde, le preguntó con ansiedad:

—¿No ha venido el emperador de los franceses?

—No, señor, contestó Urbina; ni se tiene noticia de su venida.

Sin pronunciar más palabras, continuó su marcha la comitiva y se alojó en la Casa Consistorial.

El rey mandó llamar al general francés Savary.

—General, le dijo, tampoco en Vitoria está el emperador. Vuestas promesas no se realizan nunca.

—Es muy extraño, señor, contestó el pérfido diplomático. Algo grave ocurre cuando S.M.I. no se encuentra en Vitoria. De todos

modos mañana mismo voy yo á Bayona á ver al emperador, y prometo á V. M. estar muy pronto de vuelta.

—Me parece muy bien la idea, dijo el rey. Os esperamos en esta ciudad.

Al dia siguiente, muy de mañana, unos cuantos curiosos pudieron ver un general que marchaba aceleradamente camino de Francia. Era el general francés Savary.

—Si no me equivoco, dijo uno de aquellos curiosos á sus compañeros, ese es el general Savary, el confidente de Napoleon. ¿A dónde irá con tanta prisa? Me parece que esta venida de los reyes ha de quedar para siempre grabada en la memoria de los españoles.

—Aquí, dijo otro, se trama algo gordo. No es muy clara la conducta del emperador. Siempre estamos oyendo que viene á esperar á nuestro rey Fernando, y lo cierto y positivo es que no ha aparecido por aquí ni aparecerá.

El dia 17 volvía el general Savary con una carta del emperador, mezcla de insultos, razones é ingeniosidades que ocupa un lugar muy preferente en la historia de España. Su contenido alarmó al monarca.

Al dia siguiente, 18, reunió á sus cortesanos, los duques de San Carlos y del Infantado, Muzquiz, Labrador, Escoiquiz y el que fué ministro de Carlos IV, el ilustre bilbaino Urquijo.

Dióse lectura á la carta del emperador Napoleon.

—Dime, Urquijo, dijo el rey concluida la lectura, tu opinion sobre el contenido de la carta y de mi viaje.

Ya sabemos por la historia que Fernando VII sabia distinguir á los hombres de mérito de los necios, por más que luego no diese oídos ni á unos ni á otros.

Era Urquijo una persona notable por su ilustracion. Hombre dotado de las más bellas prendas morales, amigo del progreso y entusiasta patriota, su lengua no callaba nunca lo que sentia el corazon, cuando era preguntado. Importaba muy poco que fuera el mismo rey el que preguntaba.

—Señor, dijo con dignidad, mi opinion es que no debiérais haber salido de Madrid, y por tanto mucho ménos llegar á los límites de vuestro reino; pero lo hecho no tiene remedio.

—¿De modo que no crees que debo ir á Bayona?

—De ninguna manera, señor. La dignidad real española os lo prohíbe.

—¿Es decir que sospechais de Napoleon? volvió á preguntar el rey.

—¡Oh, señor! hace tiempo que desconfío. Por más que vivo retirado en mi querida Bizcaya, no dejo de seguir con la vista fija el rumbo de los hechos que van teniendo lugar en mi patria, y auguro mal de lo que puede sobrevenir. El mismo periódico oficial francés *El Monitor*, viene desde hace tiempo corroborando mis tristes augurios.

—¿Cómo?, dijo el duque del Infantado. ¿Sospechais una traicion del coloso del siglo? ¿De un hombre tan grande como Napoleon?

—¡Un héroe!, dijo desdeñosamente Urquijo; precisamente los héroes son los primeros traidores. Leed, señor duque, á Plutarco, y los conoceréis.

En este momento anunciaron al alcalde de Vitoria, otro buen bascongado, el Sr. Urbina. El rey dió la orden de que pasara.

—Urbina, dijo el rey con familiaridad, estamos tratando de un asunto muy importante, y desearia tambien saber tu opinion. Házme el favor, Urquijo, de contarle los antecedentes para que pueda emitir su juicio.

Urquijo contó brevemente á Urbina toda la conversacion anterior.

—Señor, dijo Urbina, aunque sea de poco peso mi opinion en asunto tan importante para S. M. y para la nacion, la inclino á la de mi compañero Urquijo.

—Bueno, dijo el rey, ya sé vuestro modo de pensar; pero quiero saber aún más. Decidme el medio de salir de esta situacion tan comprometida. Por todas partes estamos rodeados de tropas francesas. Si no voy de mi propia y espontánea voluntad, me llevarán entre bayonetas, de ser ciertas vuestras suposiciones con respecto al emperador.

—Señor, dijo Urquijo, para mí hay un medio, y ese es fácil. Es verdad que esta casa está rodeada de fuerzas francesas; pero aun así, yo confío en que pudiera V. M. salir disfrazado y marchar á Aragon. Una vez allí, estais ya entre vuestros fieles vasallos.

—Y yo, dijo el alcalde Urbina, entusiasmado por la idea de Urquijo, me comprometo á llevar la empresa adelante, si así lo acuerda V. M.

Muzquiz y Labrador más bien se inclinaban á esta opinion que á la de seguir hasta Bayona. Los demás querian la continuacion del viaje,

—Ya ves, Urquijo, dijo Fernando, que la mayoría opina por seguir

el viaje. Seguiré, pues, el consejo de la mayoría, y espero me acompañes.

—Señor, dijo Urquijo, yo no deseo acompañaros, y suplico á V. M. me permita volver á Bilbao á esperar resignado la catástrofe de España y la pérdida de las colonias. Yo iría solo, y con poderes de V. M. hablaría con el emperador; pero una vez V. M. en Bayona, presiento el destronamiento de los Borbones.

Así concluyó la conferencia de Vitoria. Los sucesos que tuvieron lugar despues, vinieron á justificar la gran prevision de aquel ilustre bizcaino.

Todos aquellos días se notaba en la ciudad una agitacion precursora de alguno de esos movimientos populares que señalan épocas en la historia. La tropa francesa vivía, sin embargo, muy alerta, y estaban bien tomadas las medidas. Patrullas de infantería y caballería rondaban de día y de noche el alojamiento del rey. Aquellos mismos días llegaron nuevas tropas francesas.

El día 19 era el destinado á la marcha del rey para Bayona.

A las nueve de la mañana estaba ya preparado el coche que había de llevar á Fernando VII. La calle de San Francisco, la Plaza Nueva, los Arquillos y todo el Portal del Rey estaban llenos de gente, que desde muy temprano había acudido de toda la ciudad á despedir á su monarca. Los carruajes se encontraban dispuestos á partir, y una fuerte escolta de caballería los guardaba en la Plaza Nueva, que bien justificado tenía entónces su nombre, pues hacía veinte años próximamente se había construido.

En medio de aquella animacion, cuchicheos y bulla se oyó el redoble de un tambor. Era el pregonero. Corrió la multitud por todos lados á cercarle. Despues de unos momentos indispensables para que reinara el silencio necesario, leyó aquel funcionario con voz clara el siguiente bando:

«D. Pedro Ramon de Echavarria, maestre de campo, comisario y diputado general de esta M. N. y M. L. provincia de Alaba, etc.

De órden del rey nuestro señor mando á todos los vecinos, habitantes y moradores de esta referida provincia que en la salida que está para hacer S. M. á la provincia de Guipúzcoa, guarden la mayor veneracion y no interrumpen á ninguno de los que acompañan á su real persona, por convenir esta soberana resolucion á su servicio y á la felicidad de la nacion. Y cualquiera que contraviniese á ella direc-

ta ó indirectamente sufrirá la pena de presidio y demás que haya lugar, según lo exijan las circunstancias.—Vitoria 19 de Abril de 1808.—Pedro de Echavarria.

El rey está agradecidísimo al extraordinario afecto de su leal pueblo de esta ciudad y provincia de Alaba; pero siente que pase de los límites debidos y pueda degenerar en falta de respeto con pretexto de guardarle y conservarle. Conociendo que este tierno amor á su real persona y el consiguiente cuidado son los móviles que le animan, no puede ménos de desengañar á todos y cada uno de sus individuos, que no tomaria la resolución importante de su viaje si no estuviese bien cierto de la sincera y cordial amistad de su aliado el emperador de los franceses, y de que tendrá las más felices consecuencias; les manda, pues, que se tranquilicen y esperen que ántes de cuatro ó seis dias darán gracias A Dios y á la prudencia de S. M. de la ausencia que ahora les inquieta.»

Prolongado murmullo de disgusto resonó en toda la calle á la conclusion de la lectura de este documento.

De repente, sin saber de dónde procedia, una voz poderosa gritó: —Que nos roban á nuestro rey. No lo consintamos.

No necesitaba más aquella muchedumbre para oponerse á la salida del monarca.

Unos cuantos jóvenes que estaban próximos al coche real, sin premeditar las consecuencias que podrian sobrevenir, rompen los tirantes del coche, arrastran este á larga distancia, y hacen huir á golpes á las mulas.

En aquel mismo momento, las fuerzas de caballería, en número respetable, acuden por todos sitios á dominar el tumulto; y nuestros valerosos jóvenes, con pocas y malas armas, se disponen á dar una prueba al mundo de lo que era el cariño bascongado á su patria y á su rey.

Las grandes fuerzas venidas en los últimos dias á Vitoria se hallaban en los cuarteles con las armas cargadas, y el mismo general Verdier á su cabeza, dispuesto á la primera señal para hacer conocer á los españoles cómo deseaban ser obedecidos los dominadores del mundo.

Nada arredraba, sin embargo, á la entusiasta multitud.

Pero cuando ya se presentia una catástrofe sangrienta, aparece de pronto entre los grupos un hombre á quien su posición cerca del rey

y la nobleza de su cuna daban un gran ascendiente sobre las masas populares. Era el duque del Infantado.

Con voz enérgica y en nombre del rey, aconseja á todos que se retiren y confíen en que el monarca no tiene nada que temer de su aliado y amigo el emperador de los franceses.

Aquella arenga apaciguó los ánimos, y momentos despues volvian á tirar del carruaje nuevas mulas, poniéndose en marcha para la nacion vecina la régia comitiva, en medio del silencio más profundo de la recelosa multitud que con su instinto poderoso adivinaba la perfidia del vencedor de Europa.

MARCIAL MARTINEZ AGUIRRE.

BILINCH-EN ORROIMENGARRIA-RI

BERE GORPUTZAREN ERALDAIRAN.

¿Bai al-nezake orain zuretzat
Bertso batzubek ipiñi,
Asi nadiyen biotzetikan
Donkidatubaz kantari?
¿Bai al-nezake? Adi zayozu
Nere pentsamentuari,
Eta aditzian esan zayezu
Zeruko aingeruai,
Zure musacho ayetatikan
Bigal nazaten bat neri.

¿Zér lore polit apañarekin
Moldatzen zenuben itza!
¿Zér miragarri egin zenuben
Zenbait gazteren bizitza!
¿Nola ez bada donkitu zuri

Eskein dizutan oroitza,
Ai-bazait beti, egun eta gau,
Esaten nere biotza,
Nola zenduben argitaratu
Aztuba zegon jakintza?

Nere barruna, samur, gaišoa,
Daukat chit erdiratua,
Irakurririk zuk egiñ dezun
Kantuzko «Juramentuba.»
¿Zeñek zalatu zuk bezelañen
Gizonen amoriyua?
¿Zeñek azaldu zuk beziñ erre
Neurtitzez pentsamentua?
Danak diyote dudarik gabe
Zerala lenbizikua.

FRANCISCO LOPEZ.